

# Al amanecer buscamos estrellas

Mercedes Franco

**A** pesar de todo, muy a pesar mío, aún se me afligen los ojos cuando pienso en los tuyos lejanos bajo el temblor del bambú. Uno de ellos negro, manso como un pozo; el otro blanco, insomne, de un crepitar de lirios encendidos. No veías con él, pero brillaba y bailaba más que el otro cuando hablabas: recuerdo tus manos moradas bajo el sol y azules bajo la luna, estirándose y cerrándose en una danza hipnótica cuando contabas algo. Entonces entrecerrabas los ojos y los dirigías hacia el mar, que te devolvía la mirada desde lejos como un inmenso ojo azul al acecho.

Para entonces ya eras viejo y un poco encorvado, si aún vives tus ojos deben mirar hacia el suelo, deben estar buscando ya el pedazo de tierra donde vas a acostarte indefinidamente.

Recuerdo tus queridos pies descalzos, enormes, llenos de una costra de barro que te entretenías en arrancar melancólico, bajo los árboles del patio. Había grandes rocas que servían para defenderse de los ataques del enemigo en la guerra de los almendrones: cada quien tomaba su puesto detrás de cada piedra y amontonaba allí su reserva de proyectiles. Un minuto de silencio y los almendrones verdes cruzaban silbando el aire delicioso de aquel verano de siempre. La guerra duraba hasta que había algún herido y el llanto se mezclaba a la sorpresa de los pájaros. Alguna bala le tocaba a tu espalda cuando pasabas camino de tu rancho; siempre a las seis de la tarde cruzabas el patio y la emprendías contra el azul interminable. Una vez más fui detrás de ti. Fui siguiéndote sin que lo supieras, escondiéndome detrás de cada árbol y en cada recodo del camino, hasta que te vi entrar. Luego me asomé por la ventanilla y entré, recuerdo cómo te reíste con tus dientes amarillos y temblorosos, terminaste de hacer el café y me ofreciste un poco en una taza sin asa que había formado parte de una vajilla de mi madre, recuerdo muy bien sus bordes rotos y el rosa sucio de sus flores. Anocheció completamente y ya me había olvidado de mi casa. Me des-



“  
*Recuerdo tus queridos  
pies descalzos,  
enormes, llenos  
de una costra  
de barro que te  
entrenías en arrancar  
melancólico...*”

velaba la alegría de estar allí, contigo, me encantaba el humo de tu pequeño fogón y de tu vela sobre un plato viejo, en un rincón de tu rancho. El mar sonaba inquieto, como una bestia acezante. Entonces decidí bajar hasta él, no pudiste disuadirme. Aún puedo

sentir la vaga dureza de los riscos bajo mis pies y tu voz advirtiéndome de los peligros de erizos y cangrejos. Llegué hasta donde el mar pone sus manos delicadas en la garganta, me alucinaba aquel estallar de olas en mis oídos y aquel deseo de ir más allá: no sentía sueño y te llamaba cantando y arrojándote piedritas del fondo. Al amanecer buscábamos caracoles y estrellas pero solo encontramos entre las piedras el esqueleto indefenso de un erizo, parecía destinado a usos sagrados aquel precioso recipiente de un verde suave, casi blanco. Lo tomé entre mis dedos, y tú nervioso por la intensidad de su belleza, me rogabas: “¡No lo quiebres!”. Era tan frágil. Con temor lo deposité sobre la arena. Un instante después llegaron mis padres, me buscaban desde el atardecer y hasta habían avisado a la policía pero el último sitio donde se les ocurrió buscarme fue aquel. Me sacaron de allí, me envolvieron en mantas y me dormí entre regaños, caras de asombro de mis hermanos y risas de mi abuela. Desde

entonces había más gente vigilándome pero de todas maneras tú estabas allí, sembrando los rosales o cortando algún arbolito que hubiera tumbado la lluvia. Descubrí la belleza en tu figura vieja y grotesca y entré en tu mundo de relatos poblados de flores y serpientes marinas, conocí a mucha gente muerta antes de yo nacer. No me arrepiento de las tardes en reposo junto al calor de tus sueños, no quiero ocultar la espesa ternura de tus huesos.

Después te abandoné. Permití un mundo ajeno, de horribles libros oscuros. Debes perdonarme, no tenía más de siete años. Hoy podría decir que he cambiado. He estado tan cerca del abismo de la satisfacción. Trato de escapar de nuevo, pero es inútil. Miserable mil veces y pobre de mí que he perdido la armonía.

Fin

Tomado de *Nuevos narradores: Monagas, Bolívar y Delta Amacuro*. Fundarte, Caracas, 1985.

LA AUTORA



### Mercedes Franco

(El Tejero, estado Monagas, 1948). Novelista, cronista, escritora de literatura infantil y articulista. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. A partir de 1988 comienza su trabajo en novelas dedicadas a exaltar la memoria histórica del país y a rescatar la tradición oral fantástica. Entre sus premios se encuentra el Premio Internacional IBBY (Basilea, Suiza), por su libro para niños *Vuelven los Fantasmas* (1996). Y entre sus obras literarias más destacadas están *Cuentos para gatos* (2000), *La piedra del duende* (2000), *Cuentos de la noche* (2001) y *Criaturas fantásticas de América* (2003).

# Males de familia

Las matas de mango son encantadores bufetes para ejercer la sociología. Basta amarrar la hamaca a dos horquetas, servirse frappé casero de limonada y tras poner a sonar un disco de bossa nova, echarse como un caimán a pensar en esas flojedades que las familias venezolanas tienen en común. María Chuzena empuja la hamaca con el único pie que deja afuera, va meciéndose y va anotando las desganas que nos componen, que son de reír o de enloquecer según el humor con que a veces nos cojan los parientes. El primer género de flojedades lo constituye un racimo de accesorios que son forzosamente necesarios, pero nadie los compra hasta que un buen día revienta la huelga de aparatos descompuestos, sabemos de sobra que los objetos están afiliados a su propio sindicato, no más se daña uno y se echan a perder todos. El abrelatas. El abrelatas es una monería que hace falta desde hace decenios, pero mamá Poncia lo nota cada vez que saca de la despensa un pote de sardinas o de pepitonas, pasa el mal rato de abrir las latas a punta de cuchillo a riesgo de volarse una uña, y jura lo de siempre, que la próxima quincena comprará el bendito abrelatas. A veces María Chuzena se reprocha lo dependiente que se ha vuelto con objetos de esta naturaleza, aunque la matraca de este remordimiento dura bastante poco, porque hay que ver los problemas domésticos que desencadena la falta de un abrelatas.

Ahí tenemos el caso de los cuchillos, que se convierten en karmas amellados y ya no cortan nada sino que lo torturan todo, los pobres van dejando el filo en difíciles especialidades como el plástico, la lata o la madera, son objetos de personalidad disociada, porque de cuchillos pasan a destornilladores, de destornilladores a cinceles, de cinceles a llaves, de llaves a martillos, y así, total que la estantería es un cementerio de cuchillos a quienes también les faltan las cachas, y nadie se cuida de ellos porque a la larga cuesta incluso hasta rebanarse un dedo. Ni mencionar el problema del sacacorchos. A mamá Poncia le gusta traer invitados de vez en cuando, es de esas madres modernas que tienen amigos inteligentes que hablan francés y tienen pinta de exiliados, entonces se sientan alrededor de la chimenea y comienzan a sorprendernos con sus vidas ejemplares, aquí es así, se venera a cualquiera que tenga cuentos de guerra y un gusto corrido por el Chardonnay. Mamá Poncia no sabe mucho de vinos, pero ella hace como que sí, airea el

“**Pero existe una naturaleza de tradiciones familiares mucho más avanzada. He aquí donde aparecen las dos figuras de una lucha a muerte, la del vivo y la del tonto**”.

licor con giros suaves y después mete la narizota en la copa, pero pasa por la pena de no tener un sacacorchos y empuja el tapón hacia el fondo de la botella cada vez que se presentan reuniones de este estilo. Lo bueno de mamá Poncia es que esta candidez le queda bonita, no pierde ocasión para contar la anécdota sobre su último sacacorchos, aquel que le dejara los bracitos de metal en la mano todo espatilladito, como todo instrumento que se compra en un supermercado chino. María Chuzena se mece en la hamaca, va y viene lentamente, está pensando en escribir una crónica de descuidos familiares, anota con su letra palmer los implementos de cocina y algunos utensilios de higiene personal que a la larga se vuelven enfadosos. Ahora registra el papel higiénico. Que terrible es sentarse en el retrete y descubrir, después del pujón místico, que no hay papel con qué limpiarse. Uno observa, como atravesado con una mezcla de desamparo y ridiculez, el hueso de cartón todavía metido en el rodillo de

encofrado. Poco falta proyectar el odio hacia la madre, es un atolladero bastante serio, no es tan sencillo como parece levantarse y meterse en la ducha, algunos acechan por largo rato hasta que alguien pasa y les empuja una servilleta por debajo de la puerta, a veces en compañía de una caja de fósforos o de una temblorosa varilla de incienso. Esta escena se complica aún más si es de noche y falla la luz eléctrica. Nos quedamos embarrados, aturridos, olvidando en qué lugar exactamente se encuentra el

papel higiénico y el ano. Ah, la toalla. Quién no ha olvidado traer consigo la toalla antes de bañarse, o el jabón, que de mala suerte también se acaba y nos toma por sorpresa desnuditos en la ducha, y hay que auxiliarse con el otro, el popular jabón azul, cuyo áspero olor disimulamos naturalmente a punta de lociones. Es curioso que durante los períodos de escasez todo se acabe más rápido. El dentífrico se somete a un adelgazamiento voraz; se exprime, se aplasta, se troza en dos mitades, se escarba con el cepillo esa mina de menta



SolRoccocuchi

Sol Linares

## A mi madre

Y se rinde la crema que queda en la taita con una visión solidaria de la cosa. Pero existe una naturaleza de tradiciones familiares mucho más avanzada. He aquí donde aparecen las dos figuras de una lucha a muerte, la del vivo y la del tonto. Por lo general el tonto siempre lava los platos, asea el baño, compra la bombona de gas, o llega en el momento preciso en que comienza a llover, luego hay que recuperar la ropa de las cuerdas, doblarla y repartirla a las gavetas que corresponden. Y sin embargo esta beligerancia no se compara con la más cruenta y malsana de todas. Nace una guerra invisible donde suele vencer el más inteligente, el más escurridizo, el más descarado. Se trata de las jarras de agua. ¿Quién se bebe el agua y deja los jarrones vacíos en el refrigerador? Lo sabemos pero nunca lo agarramos, el victimario siempre se escapa saciada su sed, escucha de lejos las maldiciones, y espera pacientemente a que su víctima las llene una y otra vez.

Faltan detalles qué relatar, pero antes María Chuzena consigue darle una definición justa a estos accidentes hogareños. Para ello toma en cuenta la dinámica interior de su familia, parecida a tantas y a todas, que describe la secuencia teatral de pequeñas bribonas. Del interior de la casa surge una voz estentórea. Es mamá Poncia, llama enloquecidamente a María Chuzena porque de nuevo se ha ido el agua y ha quedado trabada en el baño con champú en la cabeza. María Chuzena no lo piensa más, anota tres siglas en la libretica, SDN. (Sociología de Diminutas Negligencias), y corre al lavadero a llenar dos baldes de agua.

Fin

Tomado de *Cuentafarsas*. Fundarte, Caracas, 2010.

LA AUTORA

### Sol Linares

(Escuque, estado Trujillo, 1978). Escritora. Mantiene el blog Sol Linares. Ganadora del primer lugar en el Concurso Cuento, ensayo, poesía de la Universidad de los Andes, 2002, por el cuento *Bitácora de ti*, y del primer lugar en la III Bienal Nacional de Literatura Ramón Palomares 2007 con el libro de cuentos *Cuentafarsas* (2007). Otras de sus publicaciones son *Percusión y Tomate* (2010), *La circuncisa* (2012) y *Canción de la aguja* (2013).



# Rembrandt

José Balza

## Para Gladys Meneses

Saskia entró en la habitación. Hasta el lento esplendor de junio se mantenía suspendido fuera de las ventanas, ya inficionado por el atardecer. Desde la penumbra reconoció su propio rostro, en el cuadro; allí él la acompañaba vital, y reía levantando el licor. Alrededor había viejos grabados y dibujos: señales de una escritura que nunca comprendió por completo.

Ahora él está afuera, esperando que ella regrese. Saskia detenía la imagen contemplada en el lienzo sobre otras, también de sí misma, débiles y borrosas. Cielo untuoso de junio, impenetrable sobre las cosas, en la habitación. La muchacha evocó el rostro del médico, su mirada decisiva de la cual deriva este último día en la casa: hoy. La han rodeado con palabras que sugieren el regreso, pero Saskia está segura de que no habrá de volver. Solo la muerte, se dice mientras toca la olvidada superficie de su retrato, induce a esta recuperación del tiempo, casi en concreciones del pensamiento. Ambos estaban ebrios cuando él inició el cuadro: ella acababa de entregarse, subyugada. Han vivido juntos y él espera afuera para acompañarla al campo, a otra casa. Ninguno de los dos comentó la enfermedad, ella prefiere ese lenguaje que no admite equívocos, el silencio. Ni siquiera esta vez quiso que recorrieran juntos el salón. Inesperadamente la noche se cumple. Las cosas de la habitación, el cielo dorado y ambos rostros—el de ella y el retrato— se borran, sumergidos. Algo en su piel, dulce y ajeno, refiere para ella

otra vez las horas del amor; pero Saskia carece de fuerzas para recordar. Sollozo y, posiblemente, se desvanece.

Desde afuera, él escucha el grito y entra también en la cámara. En la penumbra distingue el rostro de Saskia, amorosa, que sonríe; desconcertante. Va hacia ella y la acaricia. Desgarrado, comprende que sus manos recorren las antiguas líneas del cuadro pintado por él. Saskia está sobre la alfombra, en la oscuridad.

Fin

De *Caligrafías. Ejercicios narrativos 1960-2005*. Editorial Páginas de Espuma, Madrid, 2004.

EL AUTOR

### José Balza

(Tucupita, estado Delta Amacuro, 1939). Escritor, ensayista, crítico y educador. La obra de José Balza es una referencia insoslayable en el devenir literario venezolano. En ella destacan títulos como *Marzo anterior* (1965), *Largo* (1968), *Setecientas palmeras plantadas en un mismo lugar* (1974), *D* (1977) y *Medianoche en video: 1/5* (1988) en el terreno de la novela; y *Órdenes* (1970), *La mujer de espaldas* (1986) y *El vencedor* (1989), en el del cuento. En ensayo, la música, la poesía y las artes plásticas han sido también objeto de la insaciable curiosidad: *Análogo, simultáneo* (1983), *Transfigurable* (1983) y *El fiero (y dulce) instinto terrestre* (1988) son prueba indiscutible de ello. En 1991 obtuvo el Premio Nacional de Literatura.



SolRoccocuchi

# Cuando la tía Petra dejó de ser nuestra esclava

Armando José Sequera

**U**n día en que no había clases desperté muy temprano con la idea de hacer una tarea sobre la esclavitud y, como fue la única persona que encontré despierta, le pregunté a la tía Petra:

—Tía, ¿cuánto trabajo tenían que hacer los esclavos?

La tía no dijo nada, pero sí me indicó que la siguiera, doblando y moviendo hacia ella su índice derecho.

Desde entonces hasta varias horas más tarde, la tía preparó el desayuno y adelantó algunas cosas del almuerzo; hizo el pan del día; barrió y coleteó la casa; regó las matas; les dio de comer a los animales; sirvió el desayuno; recogió y fregó los platos; arregló las camas de sus hijos y sobrinos; lavó la ropa que habíamos ensuciado el día anterior; preparó el almuerzo; planchó la ropa que descolgó de las cuerdas para dar cabida a la que había lavado un rato antes; pasó un plumero sobre los muebles; hizo una torta de chocolate para la merienda de esa tarde; sirvió el almuerzo; recogió y fregó los platos.

Cuando se disponía a coser la ropa del tío Ramón Enrique y estaba eligiendo los ingredientes para la cena, me eché a llorar y le dije que no quería que siguiera siendo nuestra esclava.

En ese momento llegó el tío Ramón Enrique y, cuando supo la causa de mi llanto, se puso rojo como las cayenas del patio.

Esa misma tarde nos repartimos las labores de la casa y aunque el tío Ramón Enrique, mi hermano Gustavo, mis primos y yo rompíamos platos, cocinábamos mal y hacíamos muchos desastres involuntarios, la tía Petra nos dejaba hacer y decía:

—Nadie nace sabiendo, ni nadie aprende sin equivocarse.

*Fin*

De *Pequeña sirenita nocturna*. Editora Isabel De los Ríos, Caracas, 1997



EL AUTOR

## Armando José Sequera

(Caracas, 1953). Escritor, periodista, promotor de la lectura y productor audiovisual. Ha publicado más de 60 libros, gran parte de ellos para niños y jóvenes, obtenido numerosos premios literarios, nacionales e internacionales como el Premio Casa de las Américas (La Habana, Cuba, 1979), Diploma de Honor IBBY (Basilea, Suiza, 1995), Biental Latinoamericana Canta Pirulero (Valencia, Venezuela, 2001) y Premio Internacional de Microficción Narrativa Francisco Garzón Céspedes (Madrid, España, 2012). Varios de sus títulos han sido traducidos al francés, catalán, coreano, italiano, portugués, inglés, serbocroata y checo.

